

# Un vistazo hacia el pasado y reflexiones frente al espejo. Diagnósticos y propuestas prácticas en el "Informe Gulbenkian".

Nota crítica acerca de Wallerstein, Immanuel –coordinador- *Abrir las Ciencias Sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, México 1996, trad. de Stella Mastrángelo, 114 pp.

DARÍO BARRIERA  
UNR

**E**l prestigio de la editorial Siglo XXI entre los estudiosos de las Ciencias Sociales del mundo de habla hispana es indudable. En 1996 lanzó al mercado una nueva colección –"El Mundo del Siglo XXI"- que, según palabras de su presentador –Pablo González Casanova- "...se propone publicar algunas de las obras más significativas de los investigadores y pensadores contemporáneos de Asia, África, América Latina, Europa y Norteamérica". El objetivo de la misma parece estar a la altura de quienes se lanzan a la aventura, aun cuando aseguran -de un modo algo altisonante- que procurarán "...que en sus primeros cien libros se encuentren algunos de los mejores que hoy se publican en todo el mundo."

El trabajo que tenemos entre manos es el inicio de la serie. A instancias de una propuesta realizada por el profesor Immanuel Wallerstein, en julio de 1993 se creó la "Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las Ciencias Sociales". La fundación Calouste Gulbenkian había patrocinado la primera fase del proyecto denominado "Portugal 2000"; las reflexiones resultantes de este primer emprendimiento también han sido editadas en portugués en una serie denominada "Portugal, los próximos veinte años". El proyecto presentado por Wallerstein fue acogido entonces con beneplácito como una suerte de continuación de aquella primera experiencia, ahora acotada en lo disciplinar al campo de las Ciencias Sociales, pero ensanchada mucho más allá de las fronteras portuguesas en cuanto a la incumbencia espacial de la temática. Desde junio de 1994 y hasta abril de 1995, diez académicos provenientes de las ciencias sociales, de las humanidades y de las ciencias naturales, reclutados entre los más prestigiosos de América, Europa, Asia y África, celebraron tres reuniones plenarios (la primera en Lisboa, la segunda en París y la tercera en Binghamton), al cabo de las cuales elaboraron el informe que aquí analizaremos.

El mismo está estructurado en cuatro partes bien diferenciadas, aunque soportan también una división en dos: la primera y segunda parte del informe tienen por objeto formular una sucinta historia y un diagnóstico del estado actual de las Ciencias Sociales. La tercera (en que no faltan elementos que amplían el diagnóstico anterior) y la cuarta, van de lleno a la formulación de propuestas.

Para poder hacer una lectura de este informe, hay que tomar algunas precauciones: en primer lugar, recordar que se trata precisamente de una síntesis y en segundo término, que se trata de un trabajo colectivo, en donde no debió estar ausente la negociación de interpretaciones o de la utiliza-



ción de términos. Nos detendremos sobre las grandes líneas del texto y no sobre tal o cual detalle, puesto que no sería funcional, ya que nos estaríamos desviando del eje verdaderamente interesante de este trabajo, que podemos encuadrar como un ensayo acerca de la "política de la ciencia".

En este sentido, el Informe presenta varios y muy interesantes aciertos.

A lo largo de todo el texto, se detecta un marcado énfasis en un aspecto que siempre aparece descuidado por quienes hacen historia de las Ciencias Sociales: las referencias a la creación, desarrollo, modificación y reproducción de las estructuras institucionales sobre las cuales se asienta la producción del conocimiento es permanente. Esto no puede pasar desapercibido ni aún para quien haga una rápida lectura del libro. Esta presencia constante es el resultado de una preocupación por dar cuenta de un punto de vista que no hace caso omiso a las estrategias de producción y reproducción del conocimiento y de los productores del conocimiento. De la mano de este vector, descubrimos que fenómenos como la autonomía "existencial" de las Ciencias Naturales respecto de la Universidad como estructura de validación tiene su historicidad; que la racionalidad de la creación de disciplinas múltiples descansa sobre criterios de eficacia vinculados a la producción de conocimiento, pero que este proceso se da de manera simultánea con el redescubrimiento de la Universidad como espacio legítimo de producción de un conocimiento socialmente necesario: actores e instituciones presentan intereses convergentes. Mientras que "los que no eran científicos naturales" recuperaban a la Universidad, ésta —de su mano— se recuperaba a sí misma.

Siguiendo en esta línea, apenas formulada unas hipótesis acerca de las razones que pueden apuntarse para explicar el nacimiento de "...las múltiples disciplinas de ciencia social..." en el siglo XIX —donde no falta la dimensión política—, el informe ejercita una primera mirada reflexiva allí donde la historiografía de las ciencias sociales tiene una de sus mayores carencias: en el proceso de institucionalización (pp. 16 y ss.). El mismo será analizado en los cinco países donde se produjo la institucionalización más visible —"Gran Bretaña, Francia, las Alemanias, las Italias y Estados Unidos"— y alrededor de las cinco disciplinas que atravesaron el proceso exitosamente —historia, economía, sociología, ciencia política y antropología—

A propósito de la historia, los autores encuentran que su autonomía real descansó en el riguroso énfasis puesto en la búsqueda *wie es eigentlich gewesen ist* —la formulación rankeana, moderna—, contrapuesta a la producción de historias imaginadas y básicamente apologéticas, características de la práctica histórica *medieval*. Si bien la distinción no falta a la verdad, parece producirse un brutal *dérápaje* en el enfoque: si de autonomía institucional real hablamos, las operaciones que interesan ser señaladas son de otro calibre. La introducción de la historia en los programas de enseñanza universitarios no solo vino de la mano de su pretensión de objetividad en los términos formulados por Ranke; aquí sería oportuno marcar, por una parte, en qué términos esta pretensión era acercada al modelo de las ciencias naturales (conocimiento científico *verdadero* para los criterios de aquella centuria —idea que permanece aún en buena parte del imaginario social) pero sobre todo, y siguiendo el mismo eje de análisis propuesto por los autores del informe, tratando de mostrar cuáles fueron las estrategias específicamente institucionales, cuáles fueron las articulaciones con los Estados Nacionales y, en definitiva, cuáles fueron los dispositivos académicos y políticos elaborados desde las diferentes instancias para que esta sanción institucional de la historia fuera eficaz. Cuando señalan la creación del "archivo" —como entidad homologable al laboratorio del naturalista— y la existencia de un proceso en que el estado había comenzado a dirigirse a especialistas para crear política, parecen estar en esta línea, pero quedan allí, en sugerencias que lamentablemente no son profundizadas.

Sin embargo, el remate de la argumentación del proceso de institucionalización vuelve sobre la línea de una explicación causal fuerte: la Comisión se afirma en una idea atractiva –y corrientemente aceptada, al menos entre los historiadores materialistas–: la ciencia social nace como una necesidad del estado moderno, de un Estado Moderno y Colonial que demandaba la producción de conocimiento empíricamente validable a instancias de la pregunta por la *superioridad* europea sobre el resto del mundo y de la necesidad de especialistas-asesores en materia política que este Estado tenía. La influencia de la física newtoniana y las teorías darwinianas se erigen como los soportes “teóricos” del triunfo de los modelos nomotéticos y del ideal de la supervivencia del más apto, respectivamente.

Otro acierto del informe respecto de la constitución histórica de las ciencias sociales consiste en marcar que, hasta 1945, la producción dominante de la historia, la economía, la ciencia política y la sociología estaba dedicada a la construcción de conocimiento acerca de los países en que eran practicadas. No serían las universidades ajenas a la producción de conocimiento acerca del resto del mundo, pero éste era segregado en algunas disciplinas particulares –por ejemplo en la Antropología, disciplina que cargó con el peso de la construcción de un conocimiento “colonial”, derivado de la conquista que Europa había encarado sobre el resto del orbe. Esta disciplina, se asegura, “...se había iniciado en gran parte fuera de la universidad como práctica de exploradores, viajeros y *funcionarios de los servicios coloniales de las potencias europeas* [..y..] fue posteriormente institucionalizada como disciplina universitaria, aunque [...] *estaba totalmente segregada de las otras ciencias sociales que estudiaban el mundo occidental.*” (p. 24, los resaltados me pertenecen). Los antropólogos del siglo XX saben bien el costo que han debido pagar por esta carga. El comienzo del fin de esa segregación puede ubicarse en el fuerte giro que la antropología estructural dio, a partir de la segunda posguerra, hacia un tipo de ciencia nomotética, de la mano de modelos elaborados por los lingüistas –puestos en clave antropológica por Claude Lévi-Strauss.

La Comisión revela también algunos fenómenos políticos subyacentes: la ciencia social basaba sus prácticas en una visión particular y no declarada de la espacialidad:

“El conjunto de estructuras espaciales por medio del cual se organizaban las vidas, según la premisa implícita de los científicos sociales, eran los territorios soberanos que colectivamente definían el mapa político del mundo. Casi todos los filósofos sociales daban por sentado que esas fronteras políticas determinaban los parámetros espaciales de otras interacciones clave [...] Cada uno de ellos suponía una congruencia espacial fundamental entre los procesos políticos, sociales y económicos. En ese sentido, la ciencia social era claramente una criatura, si es que no una creación, de los estados, y tomaba sus fronteras como contenedores sociales fundamentales.” (p. 30)

Señalan –también con acierto– otro punto clave en la organización de los dispositivos: la ampliación del dominio de estas ciencias en distintas instancias del campo académico (cursos, cátedras, departamentos, facultades), la creación de bibliotecas especializadas, la aparición dentro de estas bibliotecas de criterios de catalogación cada vez más específicos, de publicaciones especializadas, en definitiva, de numerosos síntomas de producción de identidad disciplinar, destinados a sancionar la creación del campo, su pertinencia y legitimidad.

El análisis del proceso constructivo de las ciencias sociales entre el siglo XVIII y 1945 cierra con una reseña acerca del trayecto de aquellas disciplinas que, como la psicología o las ciencias del dere-



cho, no llegaron a cristalizar como ciencia social; la "trinidad estadocéntrica" de sociología, economía y ciencia política, consolidó así su lugar preeminente como núcleo nomotético de las ciencias sociales. El proceso es considerado como una historia exitosa. Se crearon "...estructuras viables y productivas de investigación, análisis y enseñanza que dieron origen a la considerable literatura que hoy consideramos como el patrimonio de la ciencia social contemporánea. Para 1945 la panoplia de disciplinas que constituyen las ciencias sociales estaba básicamente institucionalizada en la mayoría de las universidades importantes del mundo entero." (p. 36)

Para el período que se inicia en ese año, tres procesos afectarían profundamente la estructura construida en el ciclo anterior: el cambio en la estructura política del mundo, la máxima expansión demográfica y productiva a escala mundial y por último, la "...expansión extraordinaria, tanto cuantitativa como geográfica, del sistema universitario en todo el mundo." (p. 37)

En referencia al último punto, se constata el crecimiento de la inversión en la producción científica, como así también los magros porcentajes destinados a las ciencias sociales. Siempre en el plano de lo político, los cuestionamientos de las líneas divisorias entre las ciencias sociales refieren a las estrategias de los principales estados surgidos del orden posterior a la II Guerra Mundial con especial atención sobre los estudios de área norteamericanos (*area studies*), rápidamente adoptados en Francia. La diversidad de las filiaciones disciplinares de los investigadores convocados, llevaron a consecuencias organizacionales de un alcance inesperado: "...su práctica ponía de manifiesto el hecho de que había una dosis considerable de artificialidad en las nítidas separaciones institucionales del conocimiento de las ciencias sociales." (p. 42). Así, los modelos antes aplicados como estadocéntricos, navegaban exitosamente en otras aguas, particularmente en la aplicación al estudio de sociedades no occidentales. La expansión geográfica del objeto junto a un fenómeno de similares características respecto del reclutamiento de los científicos, transformó la situación social dentro de las instituciones académicas del mundo entero. De todos modos, el informe no omite señalar que detrás de este movimiento se identifican claramente las políticas de modernización y desarrollo de los países centrales para aquellos que por entonces se denominaban como "subdesarrollados", cuya expresión académica era la interpretación del "...desarrollo histórico del mundo occidental como la progresiva y precoz realización de la modernización." (p. 45)

Las superposiciones disciplinares (o, como preferimos nosotros, las hibridaciones) produjeron otras consecuencias de interés: de manera progresiva fueron apareciendo dentro de las mismas disciplinas cuestionamientos importantes respecto a la coherencia y legitimidad de las premisas intelectuales que sostenían aquellas separaciones –primero- y las que sustentaban estas superposiciones –después. Institucionalmente, de igual modo, ya no habría vuelta atrás: hacia los 1970s, ya habían aparecido nuevas nomenclaturas, nuevas etiquetas designando nuevos campos: nuevos programas de estudios, departamentos especializados, nuevas publicaciones periódicas y nuevas categorías de clasificación en bibliotecas que daban cuenta de la multiplicación disciplinar producto de este proceso. Pero, aun cuando estamos muy de acuerdo con el encuadre y los ejes elegidos para caracterizar el punto, las explicaciones ofrecidas nos parecen insuficientes. En primer lugar, la mención de una presión social por el aumento de la especialización aparece relacionada causalmente "...al hecho de que los estudiosos buscaban nichos que pudieran definir su originalidad o por lo menos su utilidad social." (p. 38). En rigor, creemos que aquí se confunde el huevo con la gallina. La "utilidad social" de la concurrencia de dos o más ciencias sociales es una elaboración concerniente a la propuesta científica y, la búsqueda de nuevos nichos originales se debe, sobre todo, a procesos de *acumulación*,

*densidad y estrangulamiento* producidos al interior de las disciplinas y de sus aparatos institucionales específicos. Estos procesos, a su vez, sí son tributarios de problemas sociales más complejos, por lo que nos parece que el tema, tal como está expuesto en el informe, aparece bien encarado, pero sumamente simplificado. Por otra parte, tampoco acordamos en el diagnóstico del informe en cuanto a que el primer impacto de las "intrusiones" interdisciplinarias, dicen, fue la omisión de "...las varias legitimaciones que cada una de las ciencias sociales había erigido para justificar sus especificidades como reinos reservados." (p. 38) Aquí se acierta al señalar que la hiperespecialización fue alimentada por la expansión económica de los países centrales, pero nuevamente se oblitera el canal de análisis abierto promisoriamente: no sólo este fenómeno fue un resultado postrero, manifiesto hacia fines de los '80 –desacuerdo en la periodización– sino que además el informe ignora aquí que el proceso verdaderamente creativo, radicó en aquello que señalan –parcialmente– más adelante como las consecuencias de los *area studies*, por ejemplo, no solo la construcción de nuevos cuadros institucionales sino también y, sobre todo, la elaboración más compleja de las legitimidades correspondientes a estas *nuevas ciencias sociales*.

El tema del parroquialismo (pp. 53 a 66) es otro de los que está correctamente abordado. La imposibilidad de escindir las consecuencias en apariencia epistemológicas –en clave de la falsa oposición universalismo/particularismo– de las admisiblemente caracterizadas como políticas, aparece como una cuestión de primer orden en la presentación del problema. Lo mismo sucede con las apreciaciones en torno a los estudios culturales y las tentativas deconstructivas del posmodernismo, temáticas que cierran la exposición del segundo capítulo del libro (pp. 66 a 76).

La tercera parte se abre con una pregunta que pretende delinear algunas vías de solución. "¿Qué tipo de ciencia social debemos construir ahora?" comienza con una distinción esencial: la tarea de alentar el debate intelectual –previando que genere algunas conclusiones estimulantes– es más sencilla que la de transformar el nivel organizacional. Aquí nos parece fundamental señalar, no obstante, que la reflexión sobre la dinámica organizacional *debe* estar presente en el debate intelectual y que, en definitiva, la distinción sugerida en el informe conviene ser considerada en términos de operatividad para la exposición de los problemas y no como una escisión políticamente conveniente a la hora de plantear el debate.

Aquí, algunos de los supuestos acerca de la expansión de la hibridación disciplinar se desvanecen. "Las estructuras disciplinares –aseguran– han cubierto a sus miembros con una reja protectora, y no han alentado a nadie a cruzar las líneas." (p. 77). De hecho, "...las disciplinas controlaban los patrones de la carrera de los estudiosos una vez terminada su preparación. En general, tanto los cargos docentes como los de investigación en las universidades así como las estructuras de investigación requerían un doctorado (o su equivalente), y para la mayoría de los cargos el doctorado era imprescindible que fuese en una disciplina específica. Publicar trabajos en los periódicos oficiales y cuasioficiales de la disciplina a la que la persona estaba organizacionalmente vinculada era, y en general sigue siendo, un paso necesario para profesar en la carrera." (p. 77). Las reuniones científicas –jornadas, congresos, etc.– han sido convocadas en general en torno a objetos específicos y –agregamos nosotros– las publicaciones periódicas más importantes parecen seguir igual camino en los últimos años, mostrando un especial énfasis en la confección de números monográficos.

El conflicto reaparece en el plano de lo organizacional: en la medida que las nuevas disciplinas intentan ubicarse en el plano institucional, la coyuntura de presupuestos estáticos conduce a que las mismas obtengan sus logros, muchas veces, a expensas de los recursos antes destinados a las disci-



plinas tradicionales. Con toda razón, identifican este sitio como uno de los campos en donde la puja por la reorganización de las ciencias sociales puede conducir a los mayores y más severos cambios en las estructuras académicas, investigativas y burocráticas de la ciencia social.

El tercer nivel de la reestructuración supera las cuestiones departamentales e incluso las fronteras disciplinares al interior de las facultades: la enorme expansión del sistema universitario después de 1945 produjo un proceso de acumulación y elitización de los recursos humanos al interior de su estructura. Este fenómeno puede advertirse en cualquier país del mundo. La suma de estos problemas plantea, siguiendo la línea del informe, "...la cuestión de si en los próximos cincuenta años las universidades, como tales, continuarán siendo la principal base organizacional de la investigación académica..." (p. 80). Desde nuestra perspectiva tenemos dos observaciones para realizar: en primer lugar y, al menos para el caso argentino, nos aventuramos a adelantar una respuesta negativa. Esta negativa tiene que ver de manera directa con la segunda proposición: por una parte, la expansión del aparato universitario no puede ser exponencial, por lo tanto, no existe ninguna posibilidad de que el sistema sostenga un cierto equilibrio por demasiado tiempo. Aún cuando la universidad produce no solo productores de conocimiento sino también "re-productores" (docentes) destinados a trabajar en otras parcelas del sistema educativo, el conjunto de la cuestión pertenece al ámbito de las políticas de estado. Tanto el sistema educativo en general, el universitario en particular (contemplado como ámbito de enseñanza e investigación) como los aparatos del estado creados a sus efectos, están atravesados y limitados por políticas de estado que no parecen reversibles en el corto y mediano plazo; si a esto sumamos el carácter histórico de los procesos institucionales, incardinados en este estado con el cual sostienen relaciones vinculantes que propenden a la reproducción del sistema, la discontinuación de la hegemonía de la universidad como productora de conocimiento no solo está claramente amenazada sino que, además, es deseable.

El informe plantea tres problemas teórico-metodológicos centrales en torno a los cuales debatir y construir nuevos consensos que permitan el avance de la producción de conocimiento: la relación entre el investigador y la investigación, la reinserción de tiempo y espacio como variables constitutivas internas al análisis del cientista social y la superación de las separaciones artificiales erigidas en el siglo XIX "...entre los reinos, supuestamente autónomos, de lo político, lo económico y lo social (o lo cultural o lo socio-cultural)". (pp. 82-83) La conclusión es clara: los puntos de vista oficiales de las disciplinas tradicionales no concuerdan con la práctica actual de la investigación científica. En segundo lugar, descartada la "neutralidad" del investigador, si se procede a la reinserción de las variables mencionadas, la interacción mundial entre los cientistas debe ser real y no formal, acabando con la hegemonía de la perspectiva científica elaborada en los países centrales. Este último punto, considerado fundamental, sugieren evaluarlo desde las siguientes proposiciones

1) rechazar la distinción ontológica -moderna- entre naturaleza y seres humanos; siendo la inteligibilidad del mundo un proyecto central tanto para cientistas naturales como sociales, ya que tanto hoy como en el futuro, "...los recursos son una cuestión altamente política, y la demanda de la expansión de la participación en la toma de decisiones es mundial." (86)

2) negarse a considerar al estado como origen de las únicas fronteras posibles, dado que "...el estadocentrismo de los análisis de la ciencia social tradicional era una simplificación teórica que incluía la suposición de espacios homogéneos y equivalentes..." (91)

3) aceptar la tensión entre lo universal y lo particular como rasgo permanente de la sociedad humana y no como un mero anacronismo, puesto el caso de que, por ejemplo, para muchos "...cien-

tíficos sociales no occidentales la distinción entre lo político, lo religioso y lo científico no parece ser enteramente razonable o válida" (95).

4) lograr un tipo de objetividad plausible a la luz de las premisas presupuestas por las ciencias, una objetividad "...vista como el resultado del aprendizaje humano, que representa la intención del estudio y la evidencia de que es posible" (99).

Los ejes de análisis generales, tanto como las líneas de discusión propuestas nos parecen inteligentes y plausibles. En lo que de todos modos no podemos acordar de manera acrítica, de acuerdo nuevamente con nuestras propias realidades —que hasta donde sabemos son compartidas por un buen número de países latinoamericanos— es en la cuestión de la omisión de políticas particulares para cada caso. Es decir, nos parece que la figura del estado está presente de una manera teórica y en un análisis macro, pero que está deficientemente considerada en cuanto a una dimensión crítica que debe ser abordada por los análisis locales que, por oposición, deben ser pragmáticos y profundamente políticos.

El informe finaliza con unas "proposiciones prácticas" que la comisión sugiere para la reestructuración de las ciencias sociales:

1) *La expansión de instituciones, dentro de las universidades o aliadas con ellas, que agrupen estudiosos para trabajar en común y por un año en torno a puntos específicos urgentes.*

2) *El establecimiento de programas de investigación integrados dentro de las estructuras universitarias, cortando transversalmente las líneas tradicionales, con objetivos intelectuales concretos y fondos para periodos limitados (alrededor de cinco años).*

3) *Nombramiento conjunto obligatorio de los profesores.*

4) *Trabajo adjunto para estudiantes de posgrado.*

A lo que debe agregarse, fuera de numeración, el aprendizaje obligatorio de varias lenguas —obligatoriedad del inglés incluida.

El panorama de estas proposiciones es desolador. En primer lugar, contradictoriamente respecto del análisis en torno a las potencialidades de la institución universitaria, la misma aparece confirmada como protagonista en los cuatro puntos enumerados. En segundo término, se está dando por sentada la posibilidad de continuar expandiendo este sistema —con lo cual no se plantea siquiera de manera hipotética la tensión entre el incremento de aparatos y las políticas de estado. Para seguir, cualquiera de estas propuestas encuentran ejemplos nítidos que llevan ya varios años en cualquier país del mundo, —y por distintos motivos!, que van desde la prescripción de las políticas universitarias a la necesidad, por ejemplo en la inscripción del investigador en varios proyectos y hasta en varias cátedras—. Por último, no existe el más mínimo cuestionamiento —por el contrario, se consolida la tendencia— hacia los salvajes procesos de elitización vividos al interior de las estructuras universitarias y para-universitarias (en docencia e investigación) ya que, en el caso de las últimas, el *cursus honorum* universitario suele funcionar como elemento determinante para la adquisición de una plaza también fuera del ámbito universitario. Por lo demás, y esto ni siquiera es sorprendente, no existe la mínima intención de incorporar la dimensión política aplicada en el análisis del campo (global) al momento de formular estas sugerencias de política científica (aplicables en tiempos y espacios concretos, con la intervención de grupos e intereses perfectamente identificables y particulares).



El cierre del informe presenta quizás, su arista más decepcionante. En definitiva, contra una elaboración de diagnósticos que, por los ejes elegidos y el tratamiento practicado, ensanchaba nuestras expectativas frente a un trabajo que podía constituirse como una herramienta para el cambio, la formulación de las propuestas acabó por mostrar los límites que esta reflexión se autoimpone. Límites que provienen de el eje político por el que se encuentra atravesada esta empresa científica que, reconociendo aquella dimensión en su discurso de análisis del pasado, no desea transgredir los marcos actuales de su propia reproducción para proponer otros nuevos que, presumiblemente, *abriéndose* a otros actores y a otro tipo de relaciones vinculantes, fueran a cuestionar los seguros cimientos sobre los cuales reposa el modelo.

### Post-scriptum.

El veintiuno de agosto de 1939, un inmigrante polaco decidía abandonar un barco que no lo llevaría de regreso a su patria y se internaba, poco a poco, en una Buenos Aires gris y polvorienta. En un día claro y sereno, mientras los vendedores de diarios voceaban el inicio de la guerra, el inmigrante polaco se alegraba de su Perdición y se decía en voz alta:

*-Nada le importa a la trucha que golpeen al Camarón<sup>4</sup>. ■*

### Notas

1. "La necesidad del estado moderno de un conocimiento más exacto sobre el cual basar sus decisiones había conducido al surgimiento de nuevas categorías de conocimiento desde el siglo XVIII [...]" (p. 8), idea ya anticipada cuatro páginas antes con el trinomio modernidad-conocimiento-validación y confirmada unas más adelante (p. 11).
2. De esto nos hemos ocupado en otro trabajo. Cf. BARRIERA, Darío "Notas sobre la *Nouvelle Histoire*", en *Anuario 17* de la Escuela de Historia de la FHyA de la UNR, Rosario 1996, pp. 381 a 394.
3. Para un interesante análisis de este fenómeno, Cf. DOGAN, Matei y PAHRE, Robert *Las Nuevas Ciencias Sociales. La Marginalidad Creadora*, México 1993 [en francés, Presses Universitaires de France, 1991].
4. La historia está tomada del comienzo de *Transatlántico*, de W. Gombrowicz. ■